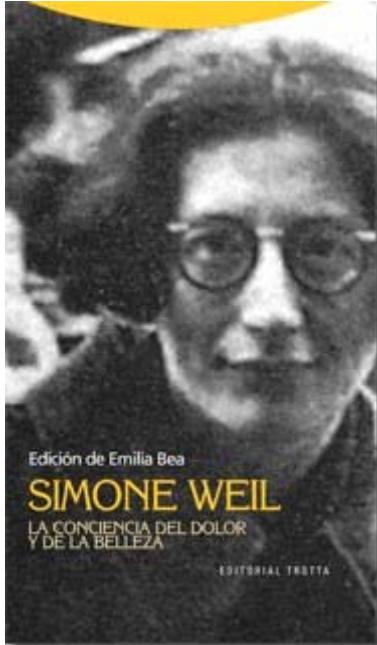




Simone Weil. La conciencia del dolor y de la belleza.

por **Rafael Amela Rueda**



Simone Weil. La conciencia del dolor y de la belleza.

Edición de E. Bea,
Editorial Trotta

Colección: Estructuras y Procesos.

ISBN: 978-84-9879-123-5

Año de edición: 2010

Número de páginas: 256

Precio: 15,00 €

El presente libro es un testimonio de la creciente presencia de Simone Weil (1909-1943) en el panorama filosófico-cultural contemporáneo. Tal y como suele decirse, la magnitud de una obra queda sujeta al tribunal del tiempo, y lo cierto es que su veredicto no ha dudado en otorgar a Simone Weil un puesto de preeminencia en la historia del pensamiento de Occidente. Y es que su contribución está concentrada en el esfuerzo vital, sincero y abnegado por la búsqueda de la verdad. La obra de Simone Weil no es sino el acta de una sed de certeza que recorrió su vida hasta las últimas consecuencias, y que sin duda deja en todo lector una huella indeleble. Weil vuelve a poner en marcha el espíritu auténtico de la filosofía, y lo hace con un ímpetu y un compromiso que verdaderamente le dejan a uno asombrado. Sin embargo, la admiración y la crítica que suscitan sus planteamientos suelen ir de la mano, pues como sucede siempre que se abren nuevos horizontes, y se ponen en entredicho las creencias más asentadas, una convulsión nos invade, y esto no sólo a nivel cultural o gnoseológico, sino ante todo personalmente, lo que acaba provocando reacciones dispares. En cualquier caso, a los ojos del lector atento no es posible ocultar la sinceridad con la que Simone Weil lleva a cabo su empresa, pues el anhelo de Weil por la verdad implica la exposición de su propia vida a “la locura de amor”, a la muerte. Con Weil viajamos a lugares incómodos, a esos lugares recónditos del alma humana, puros, no contaminados por nada ajeno a la verdad, lugares a los que no es posible llegar sin haber pasado antes por el desgarramiento que provoca la experiencia de la *malheur*. Weil nos enfrenta a nosotros mismos, a nuestros miedos, a nuestros ídolos, a nuestros consuelos, para denunciar su falsedad y extraer de lo más profundo de nuestro espíritu tesoros de oro puro que, aun sin llevar nuestro sello personal, en todos nosotros están incorporados. Con Weil ya nada es lo mismo, uno no es el mismo, pues ha sido empujado a una esfera en la que el dolor, el sufrimiento, la belleza y el amor se debaten en una convivencia desgarradora, pero de la que uno no huye sin saber que una parte de su ser más profundo traiciona a la verdad, y por ende a uno mismo. El reino de Weil es, pues, el de los desheredados, un reino donde ya no es posible encontrar un ápice de prestigio, de fuerza, de compensación natural al sufrimiento, y sin embargo, un reino donde la belleza, la verdad y el amor resplandecen despojados de contaminación, en medio de un vacío imposible de colmar con falsas compensaciones. En definitiva,

como sucede siempre que se busca realmente la verdad, pensamiento y vida no pueden desunirse.

Es por esto que, por un lado nos sorprende el mero hecho de echar un vistazo a su obra y ver la gran cantidad de escritos que nos legó y la profundidad impresa en todos ellos, teniendo en cuenta, además, que murió a los treinta y cuatro años y que durante su vida estuvo asediada por dolores físicos persistentes. Pero por otro lado, no nos deja menos perplejos comprobar su itinerario vital en armonía con sus profundas convicciones filosóficas. En sus textos encontramos la pensadora pero también la activista comprometida. De este modo hallamos profundos análisis hermenéuticos de clásicos de la literatura griega, escritos de filosofía política y del derecho, poemas y obras espirituales, pero también vemos sus esfuerzos por vivir de forma estricta la vida subyugada del proletariado, la con-pasión por los más desfavorecidos y la entrega de su energía a la resistencia ante el nazismo. Por estas razones no es atrevido decir que no es posible una lectura satisfecha y autocomplaciente de la obra de Simone Weil, o al menos que una lectura así no es una lectura honrada.

Ya desde sus primeros pasos, el curso vital de Simone estuvo siempre marcado por una especial sensibilidad hacia las clases sufrientes de la sociedad. Nacida en una familia de origen judío, fue educada en un ambiente de cierto nivel cultural, y a una edad muy temprana, tanto ella como su hermano André (a la postre uno de los matemáticos más célebres del siglo XX), destacaban por su capacidad intelectual. Cursó estudios de filosofía en el Lyceé Henri IV bajo la tutela de Alain, para recalcar ulteriormente como profesora de esa misma materia en París, Le Puy, Auxerre y Roanne. Influida tal vez por su formación cartesiana, o simplemente guiada por su anhelo de verdad, la duda ante cualquier posición dogmática o establecida de antemano de forma acrítica le acompañará durante toda su vida. En un primer momento Simone Weil se ve atraída por los movimientos de izquierda en pos de una sociedad más justa e igualitaria para con los obreros y decide trabajar en diversas fábricas bajo sus mismas condiciones, abandonando así su práctica docente. Sin embargo, el proletariado no era el único sector que reclamaba su atención, en Europa se estaba fraguando una de las guerras más cruentas de este último tramo de historia, y la guerra civil española iba a ser su antesala. Nuevamente Weil decide atender al auxilio que desde su corazón le reclamaba España, participando brevemente en la "Columna Durruti". Fue su primera experiencia de guerra, y enseguida pudo comprender lo extraño que resultaba una cristiana como ella en medio de tales lides. Tras un breve retorno a la docencia, una enfermedad le fuerza a dejar las clases. No obstante, y a pesar de su mermada salud, el estallido de la segunda guerra mundial, con el que desgraciadamente se cumplían los vaticinios que ella misma venía repitiendo, volvió a reclamar el concurso de su acción. En esta ocasión Weil trabajó para la Resistencia de la Francia Libre en labores de gestión y planificación, labores que inició en Francia y que continuaría en Londres desde el exilio. Con un estado de salud ya de por sí muy precario, Weil decide no comer más de lo que comen (o de lo que ella piensa que comen) los franceses de la zona ocupada. De este modo, a las continuas jaquecas y debilidad física se une la tuberculosis, provocada por esa anorexia voluntaria, que a la postre resultará letal. Weil muere finalmente en Ashford, una localidad cercana Londres.

Pero si lanzamos una mirada de admiración ante la profunda coherencia entre vida y obra en esta pensadora, no menos admirable resulta la plena vigencia que posee su filosofía. Su mente preclara fue capaz de advertir muchos de los peligros que acuciaban a Europa previos al estallido de guerra, de afrontarlos una vez se hicieron efectivos, pero sobre todo, fue capaz de trazar las coordenadas de un nuevo mundo que habría que surgir de las cenizas de Occidente. Bajo mi punto de vista, éste es un mérito reservado a muy pocas personas. Pues no hay aquí un gris sobre gris, como

diría Hegel, ni el comienzo de un vuelo emprendido al atardecer, existe por el contrario un esfuerzo sentido por hacer de este mundo un mundo habitable. Simone Weil aporta claves para establecer un nuevo orden social basado en la justicia, entendida como adecuación rigurosa de la conciencia a la necesidad que rige el mundo humano, lo que exige, a su vez, una primacía del deber moral sobre el derecho positivo. Un orden social en el que las necesidades básicas del cuerpo y del alma queden satisfechas, para lo cual es preciso que las colectividades sacien de luz sobrenatural aquellos rincones de nuestra constitución antropológica sin los cuales la opresión y la *gravedad moral* se perpetúan. Apuesta, a su vez, por la supresión del error, el engaño, y la mala fe inherentes al sistema político democrático actual, concebido como escenario de la lucha entre las distintas fuerzas representadas por los partidos políticos. Defiende también la concentración de las esferas del pensamiento y la acción en el nuevo protagonista de las sociedades contemporáneas: el trabajador manual cualificado. En este sentido, ante un mundo eminentemente científico-tecnológico que no ha conseguido, ni puede conseguir, liberarnos de la necesidad, Weil comprende la exigencia de una reorientación de la ciencia y la técnica en orden a favorecer la consciencia de la actividad humana, esto es, el encarrilamiento del fin y el método científicos dentro de los límites que impone la existencia. Con otras palabras: la ciencia como dominio de la naturaleza desde la obediencia a la misma. Junto con todo ello, Weil apuesta por el *enraizamiento* de las colectividades como respuesta a los problemas de un mundo globalizado, falto de sentido e inauténtico, y ve en la figura sobresaliente de quien se encuentra próximo a la verdad la única solución posible a un mundo atravesado por la fuerza e indiferente al dolor y la belleza.

No obstante, estas posiciones son el fruto de un crisol de aspectos y fuentes filosóficas diversos, entrelazos por un mismo espíritu siempre siervo de la verdad. La filosofía weiliana reúne, pues, elementos de la tradición cristiana, del platonismo, del marxismo, de la literatura francesa, y del folclore de los pueblos, y no obstante, todas estas influencias brillan con otra luz desde su mirada, conjugándose de una forma original y renovada. Simone Weil acude a estos manantiales de verdad para extraer de ellos ese núcleo puro y auténtico que se resiste a la manipulación instrumental de los hombres. Simone Weil transforma esas fuentes al tiempo que bebe de ellas. En sus escritos encontramos un Platón *sui generis*, una espiritualidad cristiana desmarcada del dogma católico, así como unas coordenadas políticas de justicia y una ética del trabajo que, al tiempo que denuncian los desmanes del capital, critican y renuevan el marxismo hasta hacerlo irreconocible. En este sentido, la radicalidad de la búsqueda weiliana por la verdad hace estallar los confines de la filosofía para dirigirse a esferas como la literatura, la ciencia, la religión, la historia y la política. Y es justamente en este aspecto en el que me gustaría destacar la aportación de este libro.

Su edición contribuye a la difusión del pensamiento de Simone Weil así como a la consolidación de su filosofía en nuestro país. En él se recogen las diversas intervenciones de un nutrido número de estudiosos y amantes de la filosofía weiliana, concedidas en el seminario celebrado en octubre de 2008 en la sede de Valencia de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo (UIMP) al que, afortunadamente, pude asistir. Dicho seminario estuvo dirigido por la editora y presentadora de este libro, Emilia Bea, una de las mayores especialistas en nuestro país sobre esta autora, y resultó ser el primer acto conmemorativo del centenario de la muerte de Simone Weil, al que siguieron durante el siguiente año numerosos eventos y publicaciones por todo el mundo. Este libro recoge, pues, diversas claves hermenéuticas referentes a los distintos aspectos de su pensamiento, abordando el estudio de la obra weiliana desde una perspectiva plural y profunda, y ello sin dar la espalda a sus aspectos más polémicos, como su relación con el judaísmo. En definitiva, esta obra es el resultado del esfuerzo siempre renovado de arrojar nuevas luces y aportar líneas interpretativas que nos acerquen un poco más a un pensamiento profundo, y en ocasiones elíptico,

que requiere de una constante revisión. Para aquellos que admiramos la obra de Simone Weil es imprescindible la existencia de estudios, compendios y en general obras de bibliografía secundaria que sirvan de apoyo a la andadura errante a la que estos hitos del pensamiento suelen someternos. Y es en esta línea de trabajo en la que destacamos esta obra de acertado título. Contiene intervenciones de traductores, editores, investigadores, docentes universitarios, y enamorados de la filosofía weiliana, reunidos, desde diversos puntos del globo, en un mismo afán: el de ofrecernos en la medida de lo posible las mejores aportaciones posibles sobre el pensamiento de Simone Weil. Y esto de un modo no reduccionista. Así, más allá del puro esteticismo, el misticismo o el feminismo desde los que se ha presentado en numerosas ocasiones el pensamiento de Weil, este libro posee el mérito, a mi modo de ver, no sólo de reunir un elenco envidiable de especialistas de todo el mundo, sino de presentar de forma crítica y profunda la totalidad de las esferas de su filosofía, sin pretensiones de agotar, claro está, su contenido. En este libro encontramos, pues, un enfoque interdisciplinar, recogiendo las aportaciones de una filosofía religiosa, espiritual y mística, pero también política, ética, jurídica, y del trabajo. En él hallaremos las intervenciones de la propia Emilia Bea, de Wanda Tommasi, Massimo La Torre, M^a Clara Bingemer, Josep Oton, José Ignacio González Faus, Adrià Chavarria, Carmen Revilla, Juan Ramón Capella, Giulia Paola y Attilio Danese, Robert Chenavier, Tommaso Greco y Carlos Ortega. Es seguro que su lectura no dejará a nadie indiferente.